

Rusia, Alemania, Inglaterra, pueblos de América, naciones de ambos mundos, desarmaos, fundid vuestros cañones para acuñar moneda, y trocad, contra las leyes de naturaleza, la extensa redondez de la tierra en una Arcadia feliz.

El primer anatema saldría de lo alto del Vaticano diciendo:—No, después del pecado de Adán no podemos volver sin la consumación de la prueba al Paraíso.—

Y hago punto aquí por no dar más extensión à este capítulo, reservándome reanudar el cabo de este hilo que dejo suelto, para demostrar al Sr. César Cantú, quién era el Sr. Juárez y qué significa la catástrofe de Querétaro, y hacerle evidentes los grandes influjos que manda sobre la civilización de la tierra ese hecho concreto, que parece acaecido en un rincón del planeta.

Y entre tanto, culpe, si gusta y quiere culpar à alguno por capricho de sentimiento, al Dios de las alturas que gobierna los mundos y rige los destinos del hombre, de la triste y lamentable demencia de la ilustre viuda, mientras yo creo que es mucha la piedad divina permitiendo que su razón se trastorne, ya que no la ha recogido en el seno de la muerte, pues goza en su extravío del placer inefable de ver y prodigar caricias à su infortunado esposo.

## Apasionadas debilidades.

### II

Así me explicaba el día 20 de Noviembre último en las columnas de *El Pabellón Español*:

De primera intención y con la rapidez con que se escribe para un periódico diario, ayer en indicaciones generales, con motivo de la contestación que da César Cantú en "Il Secolo de Milano" y en traducción castellana, había reproducido su texto, al Folleto Oficial en defensa de Don Benito Juárez, dije: que al autor italiano debe el estudio de la Historia, no la iniciación, que parte de la "Scienza nova" de Juan Baustista Vico, pero sí la aplicación de los nuevos métodos, por los que procura determinar el espíritu de los pueblos, examinando sus leyes, espejo de su carácter y costumbres, y consultando sus documentos científicos y literarios, para descubrir en la lucha de las ideas la razón determinante de sus batallas sangrientas.

Pero agregué, que á pesar de su condición laboriosa, con más corazòn que inteligencia, el insigne publicista carecía de talento filosófico para penetrar el sentido profundo de las revoluciones. Al propio tiempo le he acusado de falta de circunspección para asegurarse de la exactitud de los datos y recogerlos de buenas fuentes y acreditados orígenes.

Y con efecto, no me cansaré de repetir, que carece de aquella vista de àguila que abarca de una mirada el Universo; porque de otro modo no aplicaría el "criterio eclético" al estudio de la Historia, que es el peor de todos porque no tiene afirmaciones racionales. El estudio de la Historia ó no enseña nada ò nos lleva al "conocimiento" de los "hombres" y las "cosas;" y porque este último es su fin, ha dicho Krause con mucha razón: "que los pueblos se educan con ella y por su "enseñanza entran con horas màs ò ménos contadas en "el cumplimiento de sus destinos."

El "criterio eclético" es empírico, y el juicio de la historia no admite más criterio que el racional. Ni se definen los motivos, ni se explican los hechos por el sentimiento, sino por el anàlisis y la observación, que exigen conclusiones racionales.

Si, pues, es indispensable estudiar la historia razonadamente, es màs necesario aún recoger los datos con exactitud y exponerlos con extricta precisión.

El "Ecclecticismo" es la duda, es la vacilación, fuente por tanto de contradicciones; y hemos indicado ayer las muchas sustanciales en que incurre César Can-

tú. Si à esto se agrega la inexactitud de los antecedentes recogidos, claro es que la *Historia Universal* del publicista italiano, no puede ser jamás un libro de consulta en materia de juicio y razonamiento.

Me he lanzado al terreno de la *crítica racional*, al campo del combate por la verdad histórica, y aunque tengo medida mi pequeñez y la estatura formidable del gigante contra cuya autoridad me rebelo, con la pluma en la mano no retrocederé, profundamente persuadido de que la razón de los hechos es más grande que todos los colosos de la tierra.

La razón me asiste, pero he contraído el compromiso público de exponerla, demostrando mis afirmaciones, y no saliéndome por la tangente, como el célebre italiano, que se pierde en las regiones del pensamiento.

Goza él de universal reputación y yo llevo con modestia y humildad, un nombre oscuro: le reconozco esta ventaja. En cambio, ha consultado ligeramente los hechos á mucha distancia del teatro en que tuvieron lugar, miéntras yo estoy sobre el terreno.

Si tiene un órgano en *Il Secolo de Milano*, México cuenta en su seno con otros de mucha ilustración; lo cual no obsta para que tercié en el asunto, porque mi condición de extranjeros es la mejor garantía de imparcialidad.

Se trata de la historia del mundo que à todos nos pertenece, y si en el particular que me ocupa, César

Cantú se considera de la familia por ser latino, fundado en la misma razón, reclamo también el parentesco. Pero si se considera extranjero por ser italiano de nacimiento, soy español de origen y cuna, y no he tomado ni pienso tomar carta de naturaleza en ninguna otra parte.

No me saldré por la tangente, derramando lágrimas sobre la tumba de Maximiliano y exhalando gemidos por la demencia de su infortunada viuda, porque estas manifestaciones de noble sensibilidad tienen su residencia en el corazón; pero tratándose de razonar la historia, preciso es discurrir con la cabeza.

No eludiré tampoco la rectificación de los errores que pudiera cometer; y si hubiese dicho de mi cuenta, que el autor de la *Historia Universal* fué secretario de un concilio Vaticano y que desempeñó algún cargo en la Corte Pontificia, me bastaría su sola manifestación en contrario, para confesar la inexactitud de estos datos. Está bien que César Cantú reponga la verdad de los hechos en este punto; pero hubiérase elevado mejor à la altura de su nombre, reconociendo en su respuesta, que estuvo mal informado respecto à que, Don Benito Juárez prometió à los Estados Unidos del Norte la venta del territorio de la Sonora, y fué muy difícil y costoso el rescate del cadáver de Maximiliano.

Esto exigía la nobleza y generosidad de su respuesta.

Pero es preciso hacer aquí por notas la rectifica-

ción de los hechos, como así lo ha verificado el traductor español Dón Nemesio Cuesta, para reponer las inexactitudes y consignar los errores con que ha llenado el autor su obra en la parte relativa à la historia de España.

Y esos dos errores señalados sin rectificación de su parte, que inferen calumnia à Dón Benito Juárez y también agravio à la nobleza de la nación mexicana, acaso la más generosa del mundo, como lo tiene acreditado en distintas ocasiones y muy principalmente à raíz de ese grave suceso que acaba en el cadalso del imperio; si disminuyen la calidad, no aminoran el bulto de otras inexactitudes evidéntísimas, como la de suponer falsamente que Maximiliano decretó la abolición de la esclavitud, cuando ese odioso instituto de los tiempos bárbaros, había por fortuna desaparecido mucho tiempo antes del país.

Tampoco aquí se han degollado jamás los prisioneros.

César Cantú, al trazar la historia de México, lo mismo que la de España, se ha precipitado desde su altura à los abismos de los errores más vulgares. De otra manera, ¿cómo se hubiera aventurado un escritor de su talla à decir, que los jefes de esta República fueron hombres sin corazón ni entendimiento, ineptos y rapaces, y el pueblo cobarde, siempre propenso à huir ante el enemigo? Tómese la molestia de hacer este corto viaje, y verá la cruenta labor de las instituciones, realizada sobre un vasto territorio tan despoblado y lleno de acci-

dentes, en muy corto tiempo para la historia, por un pueblo joven que ayer ha comenzado à vivir. Verà también por sus propios ojos, en desengaño de sus muy equivocados informes, convertida esta capital y las ciudades de los departamentos en cuarteles abiertos de inválidos, donde se tropieza por sus calles con numerosas personas mutiladas en santo y glorioso combate cuerpo à cuerpo por la patria. Verà así mismo al Presidente actual salvado de milagro; al inmediato que fué, como el manco de Lepanto, destrozado en valerosa campaña; y à un Ministro que no cesa de trabajar, con falta del brazo derecho y acabando de sufrir, ha pocos meses, la tercera amputación en la pierna izquierda.

Y cuando vea todo esto, quedará convencido de que no puede prevalecer la narración de los hechos, faltando à la exactitud al trazar la historia de los pueblos remotos en estos dias tan adelantados de locomoción, que salva con rapidez las más enormes distancias, y de publicidad, que à manera del sol resplandeciente, derrama la luz en los ámbitos de la tierra.

Pero no constituye el error más trascendental de Cèsar Cantú este desconocimiento del carácter y fisonomía de un pueblo; de las condiciones personales de sus habitantes; y de la precisión de los hechos, recogidos del fondo de las preocupaciones vulgares, ò de la inspiración de pasiones bastardas.

No, el error trascendental del historiador italiano, se remonta à mayores alturas, pertenece à las regiones

del criterio; y ya lo hemos dicho y lo repetiremos una y mil veces, no ha sido dotado Cèsar Cantú de aquella inteligencia superior que puede sobreponerse al empirismo ecléctico y romper las estrecheces del juicio doctrinario, por más que sepa llenar con lugares de grandísima elocuencia declamatoria los vacíos que deja la falta de firmeza de las convicciones y de la verdadera virilidad de la razón.

Por esto, y sólo por esto, como me propongo demostrarlo, no ha logrado el célebre historiador penetrar el profundo sentido y trascendental alcance de la lucha con el imperio, ni apreciar en su valor y medida las condiciones de Don Benito Juárez, genuina personificación del espíritu público de México durante el período más complicado de su historia, porque no ha escrito libros como Filangieri, ni comentado el derecho penal como Rossi, ni pronunciado discursos siquiera à lo Víctor Hugo, ni dispuesto de un teatro en el corazón de Europa como Cavour, ni por último, el país se encontraba en condiciones sociales, políticas y geográficas, para que à la sombra venerada de un gran patrio pudiera agigantarse de súbito como la patria de Washington.

Voy à continuar este trabajo, que no hay palabra hoy perdida, aunque salga de labios modestos y se pronuncie en los helados desiertos del polo, pues la sociedad moderna tiene una fuerza de repercusión inconcebible. Voy à continuar este trabajo, no sólo por el

cariño que profeso á México; no por el deber que me impone mi conciencia de pagar de algùn modo noble su hospitalidad generosa; no por el sentimiento de respeto y veneraciòn que me inspira la memoria de Juárez calumniado; no por la justicia histórica que demandan estos mutilados héroes de la libertad; sino porque la civilizaciòn, y el movimiento humano, y las nuevas instituciones, y la navegaciòn, y el tráfico, y el progreso, toman rumbos hácia el nuevo mundo; y los hechos que hoy se menosprecian tratàndolos á la ligera, no por eso dejan de mandar un influjo, más ó ménos lento, pero poderoso y decisivo en el desarrollo humano.

Voy á continuar este trabajo, argumentando á César Cantú con sus propias ideas, acusándole con sus mismas palabras.

Y no soy, à fé de los primeros que le han achacado debilidad de criterio, falta de firmeza en su juicio, seguridad en sus pensamientos, congruencia en sus deducciones, raíz poco profunda en su convencimiento. Bien se lamenta en alguno de sus discursos, de críticas severas, censuras amargas y tristes decepciones.

Pero es lástima que olvide muchas veces el consejo que recomienda de Polibio:—"No escriba quién no sabe tributar encomios á los enemigos y cargos justos á los amigos."—Por nuestra parte, pondremos cuidado en recordar el consejo, para no dirigirle, como amigo, más que "cargos justos."

Tampoco olvidarè, con aplicaciòn á mi juicio, aquel

su propio consejo, que á veces no observa; esto es, "el predominio censurable de los juicios sin elevaciòn, de las apreciaciones sin profundidad, del hambre canina de noticias superficiales."

Procuró estudiar la historia con más reflexiva discreciòn, pensando como él, que no debe "hacerse de ella un ejercicio literario, sino elevarse á CIENCIA SOCIAL, porque sólo su enseñanza puede adelantar las lecciones, para ver la amargura de notables desengaños, y advirtiéndolo el tiempo pasado como causa del presente y base del venidero, hacer ménos ébrios de las ideas y más indulgentes por los hechos, y quitar la necesidad de volver á empezar las experiencias á cada paso."

Ah! si todo esto, como tuvo fuerza de intuición para saberlo pensar y decir, César Cantú hubiese tenido firmeza de convicciones para practicarlo, no tuviera ocasiòn ahora de empeñarme en la defensa histórica de México, ni en la reintegraciòn de la honra de Juárez.